

TRAS LA NIEBLA Y LA TORMENTA (PRÓLOGO)

Javier Vázquez Sanesteban

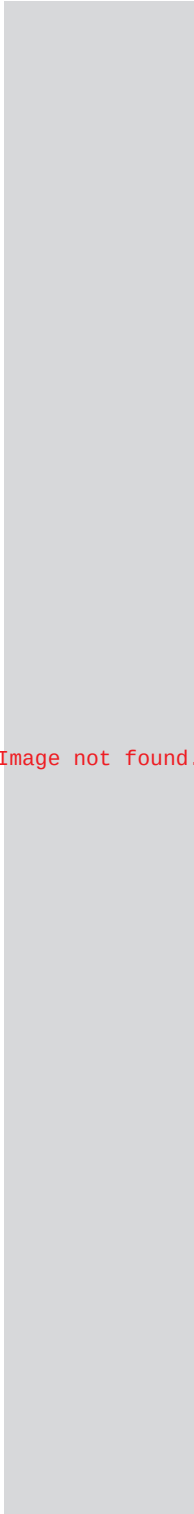


Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Valle De Lágrimas

La tormenta fue veloz

Recibida fue con miedo

Trajo vientos de terror

Y tiñó el cielo de negro

Niebla blanca sin color

Trajo nieve y trajo hielo

Trajo mal en su interior

El mal más mortal y fiero

La luz no pudo huir

Ni el bien pudo escapar

Ni los árboles vivir

Ni los pájaros volar

Y nadie pudo salir

Nadie se pudo salvar

Solo se pudo morir

Ante tal terror fatal...

Cantar De La Huida, parte I

Era un día normal, con un tiempo un tanto desapacible, pero era algo de costumbre en la aldea. La nieve caía sobre el suelo y las copas de los árboles, dejando una capa blanca y brillante que parecía una sábana, dando algo de misterio al ambiente. El viento se levantaba, al principio temeroso, pero después, a medida que cobraba fuerza, se volvía un potente susurro entre los árboles que, como simples palillos clavados en el suelo, se zarandeaban y arremolinaban unos con otros, dejando caer más nieve al suelo desde sus ramas.

Una de las casas estaba más separada de las demás, con algunos árboles interpuestos entre el valle sobre el que descansaban el resto de casas y la pequeña cabaña. De esta, salió una chica joven con un manto azul sobre la cabeza, que llegaba casi hasta sus rodillas y que no tapaba su rostro por completo, dejando ver una fez clara y un suave y liso mechón de pelo rubio junto a su mejilla un tanto enrojecida por el frío. Sus ojos verde esmeralda se clavaron en un punto imaginario del bosque y la chica empezó a adentrarse en él, para sobrepasar la escasa línea de árboles que ante ella parecían firmes soldados defendiéndola en el camino y que la separaban de la aldea. Llevaba una cesta de mimbre en la mano, con alguna pieza de fruta dentro, pero no se paró a observar más detenidamente el contenido, sino que se centró en caminar, ignorando la fuerza que el viento estaba cogiendo.

A la joven le llevó un poco atravesar los árboles antes de ponerse frente al pequeño valle. Pudo ver con claridad, a pesar de la caída de la nieve las casas de madera, pero, cuando pudo observar por completo el valle, cuando apreció lo que se alzaba tras él como un gigante furioso, el pánico, miedo y terror, se apoderaron de ella. Tal fue el horror que presenciaba para ella que la cesta se resbaló entre sus finos dedos, cayendo a la nieve, y dejando caer también su contenido. La última manzana del interior de la cesta rodaba por la esponjosa nieve mientras por la cabeza de la chica se arremolinaban cientos de ideas, correr a avisar a los demás de lo que estaba a punto de suceder, gritar de terror por si la escuchaban, alertar a todo el pueblo, fuese como fuese, del peligro que corrían... Pero fue el instinto más básico de cualquier animal ante un peligro inminente el que se apoderó de ella. Huyó, echó a correr como alma que lleva el diablo, ignorando por completo absolutamente todo lo demás, sencillamente trazó el camino de regreso a su pequeña cabaña de madera, no sin antes, girarse para observar aquello que se alzaba tras las montañas, justo en dirección al pueblo. Una inmensa cortina blanca de niebla avanzaba sin oposición, engulléndolo todo tras de sí, y cegando a cualquiera que trataba de ver más allá de ella. Por encima de la capa blanca, una gran masa de nubosidad negra seguía sus pasos, levantándose por encima de todo lo que alcanzaba la vista, entrando como un telón negro de espuma

sobre la gran capa que traía consigo debajo. Para cualquier persona normal aquello era simplemente niebla y tormenta, pero allí todos conocían lo que significaba aquello, todos sabían que aquellas dos formas, juntas, avanzando así, y a tal velocidad, eran algo mucho más peligroso, y mucho más mortal.

La chica regresó a la cabaña, más rápido que en su viaje inverso. Escuchó los relinchos de los dos caballos que tenían atrás y los ladridos de una especie de gran perro de pelaje blanco y gris, que la esperaba en la puerta delantera. Aquello no parecían gritos de animales de miedo a lo desconocido, sino llantos a algo que se acercaba y que sabían que era terrible.

La chica entró con un portazo en casa, dando voces y gritando lo que había visto. En la cabaña, había otras dos personas, un hombre y una mujer, que se miraron aterrados ante lo que decía la chica. A toda velocidad, cada uno empezó a preparar mochilas, la mujer de alimentos, el hombre de herramientas y la joven de ropa, en apenas un par de minutos tenían todo listo. Salieron a fuera, ya se podía ver desde allí la nube de tormenta por encima de los árboles. El hombre montó uno de los caballos, poniendo todo lo que tenía en las manos como pudo en los laterales de la silla de montar, la mujer y la chica subieron juntas en el otro caballo, con las bolsas puestas. Partieron rápido, en dirección contraria al avance de la nube y la niebla, en dirección contraria al pueblo. Atravesaron el bosque cabalgando a toda velocidad, seguidos de cerca por el gran, que no se despegaba de ellos, corriendo a toda velocidad.

Un grito se alzó entre el sonido almohadillado de los cascos contra la nieve y de los aullidos del otro animal que les acompañaba. Poco a poco, empezaron a sucederle a este más y más gritos, como un horroroso cántico que helaba la sangre de la chica. El hombre, que cabalgaba justo a su lado, les dijo que no mirasen atrás, que no parasen de cabalgar, y que no hablasen, pero la chica no pudo evitar girarse un poco, lo justo para mirar de reojo a través del manto azul que aún tenía encima, vio la nube negra, avanzando sin control, ya debía estar casi por completo encima del pueblo.

En el valle continuaban los gritos, y la niebla se tragaba todo lo que encontraba a su paso. Mucha gente corría, tratando de escapar de ella, pero el viento era fuerte, y arrastraba la niebla a tal velocidad que nada podía huir de ella. En poco tiempo solo quedaba una persona fuera de la niebla, un chico, de unos quince años, corriendo y llorando, viendo como la niebla estaba a punto de abalanzarse sobre él. Estaba exhausto, no tuvo otra idea que ocultarse tras una roca, poniendo la espalda contra ella, como si fuese lo único que podía evitar que la niebla pasase sobre él, pero la gran cortina blanca avanzó, tragándose al chico y a la roca por igual. Cuando quiso darse cuenta, no veía nada, tan solo una capa blanca a su alrededor, miraba al suelo desesperado, tratando de ver cuanto

alcance tenían en aquel ambiente enrarecido por la niebla. Apenas vería a un metro de distancia, pero no estaba seguro, ya que no distinguía entre la nieve del suelo y la niebla del aire. Notaba tanto frío como si la niebla fuese un alud de nieve sobre él, que le cortaba la respiración y le congelaba el corazón.

Escuchó una suave voz tras la roca, pidiendo ayuda, acercándose a paso lento hacia él, pero antes de pasar junto a él, algo partió el aire, acayando la voz que antes se abría paso en el silencio. Segundos después, un hombre cayó a su lado, con los ojos blancos, como platos, totalmente pálido, y con dos inmensos tajos en su espalda, de los que brotaba tanta sangre que manchaba la nieve de un color rojo intenso. De nuevo, un sonido empezó a alzarse en el silencio, como un murmullo extraño, que se acercaba. Poco a poco el murmullo se convirtió en algo así como un ronroneo, grave y fuerte, dirigiéndose a toda velocidad hacia él. El sonido era más fuerte, pero cuando estaba sobre él, paró, y el chico cerró los ojos, llorando, sabiendo lo que estaba a punto de suceder. Sin embargo, no sucedió nada, estuvo un momento inmóvil, con los ojos cerrados, pero la duda lo comía por dentro, y poco a poco abrió los ojos, fue entonces cuando ahogó un grito de terror. Sus ojos no se volvieron a cerrar, no corrió una lágrima más por sus mejillas, no se movió, ni exhaló más aire, nunca más.